

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispanica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen IV

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Pedro y Gabriel: Dos ermitaños en el origen mítico de las cruzadas (*La gran conquista de Ultramar*)

In memoriam Leónides Pastor Sanz

El relato que de la primera Cruzada nos ofrece la *Gran Conquista de Ultramar* no tendría sentido sin la presencia de dos ermitaños: Pedro y Gabriel. Sin el primero no se habría iniciado la conquista de los Santos Lugares y sin la intervención del segundo, el linaje del Caballero del Cisne no habría existido, por lo que la proclamación de uno de sus descendientes como rey de Jerusalén no habría tenido lugar. Sin embargo, aunque la finalidad de ambos eremitas sea lograr la recuperación de los Santos Lugares, su participación en el desarrollo de los hechos no es paralela en el tiempo, a pesar de que sus acciones se nos relaten a lo largo de varios de los capítulos que integran el libro primero: mientras que la figura de Pedro se sitúa en la narración propiamente de Cruzada, Gabriel surge con motivo de la evocación del origen del caballero Godofredo de Bouillon, es decir, como un personaje del pasado cuyos hechos tienen una proyección en el presente. Son, por tanto, dos personajes que actúan como motor de la acción aunque desde diferentes perspectivas. Una peculiaridad que determinará su función dentro de la obra: “promotor de la Cruzada” en el caso de Pedro y de “protector” en el de Gabriel. Funciones aparentemente distintas, pero semejantes en cuanto a que las acciones de los solitarios se presentan ante los ojos del lector como manifestaciones de la Providencia: tanto Pedro como Gabriel son el “instrumento de Dios” que permitirá la liberación de una Jerusalén que era “figura o símbolo de la ciudad celestial”¹ para el hombre del medievo. Un papel que no sólo será la razón del origen mítico de la Cruzada, sino que condicionará su configuración como ermitaños. Así, la caracterización de Pedro se ajustará más al prototipo real del solitario que la del eremita del Caballero del Cisne por dos motivos: primero,

1 CONH, N., *En Pos del Milenio: Revolucionarios, Milenaristas y Anarquistas Místicos de la Edad Media*, Madrid, Alianza Universidad, 1981, p. 63.

porque a diferencia de Gabriel, se trata de un personaje histórico², lo que limita la posibilidad de someterle a un proceso ficcionalizador, aunque no lo impide; y, segundo, debido a la necesidad de poner de relieve su condición de verdadero asceta en contraposición a los *prophetæ*³ que sin tener ninguna autorización oficial, predicaron la Cruzada al pueblo⁴. A esta necesidad responde la somera biografía de Pedro que hallamos en el capítulo XXI: “e entre todos vino ay un hombre bueno, natural del obispado de Damiens, e havía nombre Pedro, e porque morara en una ermita grant tiempo e compliera ay su penitencia, llamávanle Pedro el Hermitaño”⁵. Apunte biográfico que nos indica, por una parte, su sujeción a la autoridad del obispo y, por otra, una existencia dedicada a Dios, como prueba su larga permanencia en la soledad de la ermita. Un retiro para el cual Pedro había sido previamente adoctrinado según se desprende del siguiente párrafo: “E éste era maravillosamente buen clérigo e de buen entendimiento e hombre bien razonado”⁶. Palabras que, además de poner de manifiesto una buena formación en el solitario (requisito indispensable para aquellos que deseaban retirarse al páramo⁷), cumplen la misión de impedir que sus obras posteriores sean vistas como las de un “iluminado” en el sentido peyorativo del término⁸. Motivo éste,

2 Vid. HAGENMEYER, H., *La Vrai et le Faux sur Pierre l'Hermite*, París, Librairie de la Société Bibliographique, 1883.

3. Tales como Gottschalk, Volkmar y Emich que predicaron la Cruzada por su cuenta y riesgo, y a quienes los cronistas definen, entre otras cosas, como “non verus sed falsus Dei servus” (vid. HAGENMEYER, *op. cit.*, pp. 143 y 144)

4. A diferencia de este género de *prophetæ*, Pedro cuenta no sólo con la autorización del Papa, sino que irá en su lugar a predicar la Cruzada debido al conflicto que Urbano mantenía con el emperador de Alemania: “assí que a grandes penas pudiera salir de sus manos, ca de otra guisa bien avía él en voluntad de passar los montes e andar por todas las tierras predicando este fecho. Mas, pues que assí se le adereçava que no le podía fazer, que le rogava e mandava que lo hiziesse” (*La Gran Conquista de Ultramar* I, Ed. Luis COOPER, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1979, p. 39).

5. *Ibidem*, p. 34.

6. *Ibidem*.

7. Así se estipula en la *Regla* de san Benito: “Deinde secundum genus est anachoritarum, id est heremitarum, horum qui non conversationis fervore novicio, sed monasterii probatione diuturna, qui didicerunt contra diabolum, multorum solacio iam docti, pugnare, et bene extracti fraterna ex acie ad singularem pugnam heremi, securi iam sine consolatione alterius, sola manu vel brachio, contra vitia carnis vel cogitationum, Deo auxiliante, pugnare sufficiunt” (*San Benito, su Vida y su Regla*, Madrid, BAACC, 1945, pp. 308-310)

8 La formación de que hace gala Pedro durante su encuentro con el Papa es una de las razones de que Urbano atienda a su embajada: “començóle a contar muy de corazón e suspirando, de los grandes males a abiltamientos e grandes crueldades que el pueblo de los cristianos de Ultramar sufrían de los moros en cuya servidumbre eran, e entre todos los otros, los de la cibdad de Hierusalem. Todo esto le mostró bien e complidamente, como aquel que era de muy buena habla e bien razonado. El Apostólico conoció las letras que le dio Pedro e entendió el seso e la bondad e la religión que en él avía, e respúsole mansamente, e díxole que él pornía muy de grado consejo en aquel hecho” (*La Gran Conquista*, ed. cit., p. 39).

por el que unas líneas más abajo, se vuelve a hacer hincapié en su condición de hombre docto e instruido: “era mucho entendido e sabio”⁹.

Tanto las breves noticias de su vida como sus virtudes cristianas (“era hombre bueno e de gran piedad”¹⁰, según se nos dice en el mismo capítulo) funcionan a modo de preámbulo que anticipa a la vez que explica el papel que Pedro desempeñará en el desarrollo de la acción como promotor de la Cruzada, ya que será su reconocimiento como hombre entregado a Dios el que determine que el Patriarca le relate las penalidades pasadas por los cristianos de Jerusalén: “E el Patriarca, después que le oyó hablar e supo su fazienda, conosció que era hombre que amava e temía a Dios, e tóvolo por sabio e por apercebido; e començó a contar todas las cuytas e los males que los cristianos sufrieran e sofrían en aquella tierra por la fe de Jesucristo”¹¹. Un relato que tendrá como consecuencia inmediata el ofrecimiento del ermitaño como embajador: “si vos entendeys que yo só hombre para levar tan alto mensaje como éste, por amor de Jesucristo e por remisión de mis pecados, quiérovosla yo fazer, e tomar este pleyto sobre mí; e me ofresco a sufrir toda pena e todo trabajo que me avenga, e vos prometo que clara e fielmente faré entender a los señores de aquella tierra la cuyta e la pena en que estáys, si Dios quisiere que yo con salud allá l[le]gue”¹².

Un papel que, como ya apuntamos, repercute de forma directa en su configuración como personaje literario. Así, los datos históricos que hallábamos con motivo de su presentación van a diluirse en favor de la mitificación de su persona¹³ o

9. *La Gran Conquista*, ed. cit., p. 34.

10. *Ibidem*, p. 35.

11. *Ibidem*, pp. 34 y 35.

12. *Ibidem*, p. 36.

13. Tal es el caso de la peregrinación de Pedro a Jerusalén, una romería que parece fruto de la leyenda que se creó en torno a su figura, pues en “dans les sources primitives relatives à la historie de la première croisade, c'est-à-dire, dans Raimond d'Aiguilhe, dans Foucher de Chartres, Étienne de Blois, Tudebode, Guibert, Baudry et Robert: dans aucune d'elles on ne trouve un seul mot qui puisse faire supposer qu'avant 1096 Pierre eût déjà fait un pèlerinage en Orient: affirmé dans ces chroniques, ce renseignement prendrait un valeur toute particulière, et leur témoignage mériterait la preference sur celui d'Albert de l' *Historia belli sacri*, de Guillaume et de la *Chanson d'Antioche*, par le fait seul de leur plus grande antiquité et abstraction faite des éléments fabuleux qui déparent le récit des derniers” (HAGENMEYER, *op. cit.*, p. 67); aunque, en el caso de que Pedro hubiese emprendido tal viaje, lo cierto es que regresó antes de llegar al Santo Sepulcro según el testimonio más antiguo, el de Anne Comnène: “en effet, au bien la princesse raconte des faits qu'elle a personnellement observés, ou bien elle rapporte des renseignements certainement recueillis par elle-même de la bouche des personnages qui avaient vu l'hermite de leurs propres yeux et lui avaient parlé en personne, pendant l'été de 1096, à l'époque où il vint à Constantinople avec ses bandes, et où il eut plusieurs audiences d'Alexis Comnène dans le palais impérial. D'après Anne, Koukouptère a été l'instigateur du mouvement de la croisade. Il avait déjà fait une fois le voyage d'Asie pour visiter le saint sépulcre; mais comme le pays était infesté par des bandes des Turcs et de Sarrazins, il avait dû prendre la fuite sans atteindre le but de son pèlerinage. Mais, loin de renoncer à son projet, il avait fermement résolu de recommencer le même voyage: seulement, pour éviter de s'exposer aux mêmes dangers, il travailla à s'assurer une bonne escorte” (*Ibidem*, pp. 65 y 66)

se recurrirá a ellos con el fin de provocarla. Tal es el caso de la descripción física del ermitaño: “era de pequeño linage,/ [8va] e muy flaca persona, e muy lasso e quebrantado del gran camino que anduviera”¹⁴, que se introduce con un doble objetivo: por una parte, servir de contrapunto a la magnitud de la tarea que va a emprender: “que a maravilla fue cómo osó tan solamente pensar tan gran fecho como éste, e demás, acometerse en lo hablar”¹⁵. Y, por otra, poner de relieve el origen divino de su misión: “Mas este ardimiento con que lo él començó, e este esfuerço, bien podedes entender que no le vino de otro sino de Dios”¹⁶, y de la que se hace acreedor por el “gran amor verdadero que avía a nuestro Señor Jesucristo e a su pueblo, que tenía por hermano, porque avía él gran desseo de abatirse e rescibir muerte o otro peligro, si le viniesse, en tal que fuessen ellos libres”¹⁷. Unos méritos que ensalzan la persona del solitario dotándola de una dimensión mítica, cuya máxima expresión es la visión de Jesucristo en el Sepulcro y la orden recibida durante la misma que le confirma como emisario de Dios: “Pedro, levántate, e trabájate de yr ayña, e ve bien seguro do te yo embío, ca yo seré siempre contigo”¹⁸.

La mitificación, por tanto, se produce en el plano espiritual y tiene como objeto no sólo magnificar la figura de Pedro el Ermitaño sino también el propio movimiento de Cruzada, que lejos de ser entendida como una simple campaña militar va a llenarse de un profundo contenido religioso al simbolizar un renacer del sentimiento cristiano muy deteriorado en los siglos anteriores, según se nos relata en los primeros capítulos de la *Gran Conquista*: “Ansí que en aquel tiempo pocos eran aquellos que hombre fallase que amassen ni temiessen a Dios, ni que oviessen miedo ni vergüença de mal fazer. E avían dexado toda carrera de derecho e lealtad, e piedad e misericordia, e de justicia; humildad e bien fazer era despreciada en sus coraçones, limosnas e caridad no sabían que eran”¹⁹. Una situación que había derivado en que Jerusalén, símbolo de la cristiandad, hubiese sido perdida “por el pecado del pueblo”²⁰ y con ella toda la tierra de Ultramar. Por lo que la servidumbre de la ciudad santa y la opresión de sus habitantes a manos de los turcos no es más que una prueba de la ira de Dios: “E por todas estas cosas que avemos dicho que los cristianos fazían, sufrió nuestro Señor que aquella

14. *La Gran Conquista*, ed. cit., pp. 37 y 38.

15. *Ibidem*, p. 38.

16. *Ibidem*.

17. *Ibidem*.

18. *Ibidem*.

19. *Ibidem*, p. 26.

20. *Ibidem*, p. 11.

gente de los turcos, que tan de corazón desamava a su ley, oviessen en poder toda la tierra de Ultramar, do él tomó muerte por nos, e el Sepulcro en que él estovo; e aun sufrió que ganassen mayor tierra en Grecia, que fue muy gran quebranto a toda la cristiandad”²¹. De esta forma, la expansión del imperio turco aparece como un castigo que únicamente concluye ante la constancia y firmeza demostrada por los cautivos de Jerusalén, que “sufrían mucho en paciencia quanto mal les fazían”²², y cuando los cristianos de todo el mundo se unen para acudir al “Sepulcro en romería, a rogar a nuestro Señor que se membrasse de su pueblo e oviessen merced e piedad dél,/[7rb] e los sacasse de aquella miseria en que eran”²³. Una demanda de auxilio que tiene como respuesta la llegada de un ermitaño y no la de un gran rey como sería lo esperado²⁴.

La razón de que la ayuda divina venga de la mano de un solitario radica en el grado de perfección y de unión con Dios alcanzado por estos religiosos a lo largo de su retiro en la ermita, pues, como nos refiere un tratado eremítico medieval²⁵, “el abitar en el desyerto e el estar firme es propia virtud, la qual tira a sý todas las otras virtudes segunt que faze la calamita al fierro”²⁶ a lo que hay que unir el hecho de que “es singular en quanto non se falla synon en muy pocas personas”²⁷, por ser “don e gracia, e virtud dada del Padre al Fijo e del Fijo al Spíritu Santo, e del Spíritu Santo a la persona”²⁸; con lo que el solitario es por definición un elegido de Dios y por tanto la figura más idónea para servirle de medio con el que conseguir sus fines. De ahí la elección de Pedro no sólo como predicador de la Cruzada sino como portador de la misericordia divina, porque, ¿qué mejor socorro que el del que “tiene firme la seña[l] de la cruz e el escudo de la fe, e la lança

21. *Ibidem*, p. 27.

22. *Ibidem*, p. 33.

23. *Ibidem*, p. 31.

24. “Aquí mostró nuestro Señor quán maravillosos son sus hechos, quán grandes sus secretos; ca según la grandeza de su poder, e los grandes deservicios que siempre le hazemos, dignos éramos de más penas e trabajos en esta vida de las que ay en ella, si él no fuesse tan piadoso como es. E por esso dixo él a Moysén que era Dios vengador de sus sañas fasta la quarta generación e perdonador sin fin. E sin dubda bien demostró esto a aquellos cativos de cristianos que eran en Hierusalem e en la otra tierra de Ultramar, ca aunque tantas cuytas e tantos trabajos quiso que sufriessen, solamente porque ovieron en él buena esperança los acorrió, despues que todos los otros acorros de los hombres los ovo quitado, e fízoles entender que no era nada; e entonce le plugo de los acorrer, porque bien entendiessen que no avía acorro sino el suyo. E fízolo tan maravillosamente, que tomó a Pedro el Ermitaño” (*La Gran Conquista*, ed. cit., p. 37)

25. *Libro Carysini de la Vida Heremitaña* en *La Corona de los Monjes*, Ms. 9247, B.N. Madrid, fol. 97ra-110va.

26. *Ibidem*, fol. 99rb y 99va.

27. *Ibidem*, fol. 99va.

28. *Ibidem*.

de la esperança”²⁹ y es “legítimo caballero armado por Jesucristo”³⁰? y ¿quién más cualificado para ser la voz que clama en el desierto de los corazones cristianos que un ermitaño³¹?

Muy distintas son las razones que explican la presencia del segundo eremita en la *Gran Conquista de Ultramar*. Gabriel no es, como sucede con Pedro, un personaje de la Cruzada, ni siquiera es coétaneo a la misma, a pesar de lo cual, el motivo principal de su inclusión en el relato es el de garantizar la existencia del linaje destinado a conquistar Jerusalén y, por consiguiente, el éxito de la expedición. Una empresa que únicamente podrá ser acometida por el ermitaño en el origen mismo del linaje, lo que explica que sea uno de los personajes de la *Historia del Caballero del Cisne*, ya que será en esa época donde desempeñe su función como protector del primero de la estirpe: el propio Caballero del Cisne, el “Amigo de Dios”. Un papel surgido de la necesidad de contrarrestar los hechos de la condesa Ginesa, abuela del caballero, encaminados a acabar con la vida de su nuera y de sus nietos. Siete infantes en cuyo nacimiento, como consecuencia de un parto múltiple, se produce un suceso que, por un lado, indica que el mismo “era cosa que venía de la mano de Dios”³² y por otro, revela que los niños se hallan bajo su protección: “E assí como cada uno nacía, venía un ángel del cielo e ponía a cada uno un collar de oro al cuello”³³. De ahí que, cuando sean abandonados en el bosque a causa de las intrigas de su abuela, Dios vele por ellos enviándoles una cierva para que les amamante y un ermitaño para que les guarde.

La razón de que sea un anacoreta el encargado de su protección hay que buscarla, primero, en su condición de hombre de Dios que le capacita para ser el antagonista perfecto de la condesa Ginesa, quien según se nos dice “era muy entendida dueña en todo mal”³⁴ y, segundo, en la ubicación de su morada, ya que, dado su aislamiento, es el lugar más adecuado para garantizar el éxito de esa guarda. De hecho, la Condesa sólo podrá acceder a seis de los niños cuando el

29. *Ibidem*, fol. 105ra.

30. *Ibidem*.

31. Una labor que, por lo que tiene de peregrinaje, parece entrar en contradicción con la esencia del eremitismo, pues el solitario “es pelegrino sin perdimiento de tiempo en ningún camino” (*Libro Carýsimi*, op. cit., fol. 97vb y 98ra), es decir, permaneciendo en la soledad de su celda; pero que se justifica con la comparación de Pedro con san Juan Bautista: “E bien assí como san Johan Bautista anduvo predicando e fizo la carrera por do nuestro Señor avía de andar, bien assí lo fizo Pedro el Hermitaño; que por el mandado que él traxo e por las cosas que él dixo, ovieron los hombres de toda la tierra començar aquel fecho” (*La Gran Conquista*, ed. cit., p. 42).

32. *La Gran Conquista*, ed. cit., p. 87.

33. *Ibidem*.

34. *Ibidem*, p. 99.

ermitaño abandone la ermita en su compañía “por amor de ganar algo con ellos”³⁵. Un comportamiento que dista mucho de ser el esperado en un solitario para quien la pobreza es norma de vida³⁶, pero explicable desde su configuración como ermitaño novel y, por consiguiente, susceptible de caer en la tentación. Una caracterización la de Gabriel, que justifica la ausencia de referencias temporales en su presentación que permitan deducir cuánto tiempo llevaba retirado en el páramo: “E a cabo de días, acaeciósse por ay un hermitaño, que avía nombre Gabriel; e era hombre de santa vida e havía en aquel desierto su hermita en que morava”³⁷, a la vez que explica su primera reacción ante el hallazgo de las criaturas: “E quando las vió maravillose mucho, como aquel que nunca otra tal cosa viera en aquel lugar ni aun en otro, e començose a santiguar mucho, pensando que eran pecados que le querían engañar”³⁸, pues, de ser un solitario largamente probado en el desierto, automáticamente habría sabido que aquello era obra de Dios, ya que durante la estancia del eremita en el páramo “el ánima es amaestrada e adornada de virtudes, e alumbrada a conocer toda tentación”³⁹. Un conocimiento que aún no está en el ermitaño, como demuestra la reserva con que acoge el suceso una vez que comprueba que aquellos niños “eran cuerpo e cosa carnal”⁴⁰ pues, incluso entonces, sólo “parescióle que era fecho de Dios”⁴¹. Una incertidumbre que se troca en certeza a medida que pasan los años, según prueban las razones esgrimidas para justificar su cuidado: “lo uno, porque los quería muy bien; lo otro, porque entendía que desque ellos fuessen de mayor edad, se podría governar muy bien, andando a pedir con ellos por aquellos lugares por do él solía pedir, e passaría su tiempo desta guisa; lo otro, aún, porque entendía que fazía servicio a Dios en los criar, que por milagro fueron echados e vinieron a sus manos, e se pudieran perder si no oviera quien curara dellos”⁴². Razones en las que el orden seguido para su enumeración demuestra que, si bien se ha producido

35. *Ibidem*, p. 96.

36. Los ermitaños pueden abandonar la celda “quando non puede aver la su necesidad” (*Libro Carýsimi*, *op. cit.*, fol. 98vb), pero nunca buscando obtener más de aquello de lo que precisan para su sostenimiento. El comportamiento de Gabriel no tendría mayor transcendencia sino fuese porque muestra una ruptura con su conducta anterior, pues hasta ese instante se mantiene y cría a los niños con “lo que él tenía e podía aver, e salía e yva andar por el desierto; e do fallava buenas yervas de que se solía governar, trayalas e cozía dellas e dávagelas a comer” (*La Gran Conquista*, ed. cit., p. 95).

37. *Ibidem*, p. 93.

38. *Ibidem*.

39. *Libro Carýsimi*, *op. cit.*, fol. 99vb.

40. *La Gran Conquista*, ed. cit., p. 93.

41. *Ibidem*.

42. *Ibidem*, p. 96.

una evolución en el eremita desde el momento en que reconoce que su guarda es voluntad de Dios, todavía no ha llegado al grado de espiritualidad necesario para actuar plenamente como su instrumento. Motivo por el que el su servicio se aduce en tercer lugar.

Es, por tanto, la falta de madurez espiritual del solitario la que le induce a superponer sus propias necesidades a las de Dios, primero, abandonando el refugio de la ermita con seis de los niños para conseguir mayores ganancias y, segundo, encomendándoselos a su abuela en la creencia de que “quando al tiempo viniessen de ser para ello, que ellos gelo servirían”⁴³, olvidando que Dios se los había confiado. Una actitud que, si bien no impide que el eremita intuya la perfidia de la Condesa, sí evita que interprete sus propias acciones como un aviso de Dios para que no los deje bajo su cuidado: “Mas quando dellos se partió/[21ra] el hermitaño començó de llorar muy fieramente, e començó otrosí de les besar los ojos e las caras, e fazer tan maño llanto con ellos como si los toviessse delante si muertos; e assí faziendo se partió dellos por dos vezes”⁴⁴ sin retornar una tercera, desoyendo a su conciencia, porque Gabriel aún no es digno de saber “la falsedad que ante fuera fecha ni de lo que se avía de fazer en adelante”⁴⁵ al haber incurrido en el pecado de avaricia y en el de desobediencia.

Así finaliza la labor del ermitaño como protector de los siete infantes y se inicia la de defensor de la estirpe elegida por Dios. Una misión para la cual el solitario deberá completar su formación en el páramo hasta alcanzar el grado de perfección que le permita enfrentarse con éxito a la Condesa, porque el “buen combatidor en ningún tiempo nin en ninguna ora jamás non sigue la su propia voluntad nin solo, nin acompañado”⁴⁶ y Gabriel en su primer encuentro con Ginesa había dejado que su interés estuviese por encima del de Dios, de ahí que perdiera la guarda de los seis niños. Todo esto explica que entre ambas funciones medie un espacio temporal, a modo de transición, durante el cual el ermitaño irá creciendo espiritualmente hasta llegar al conocimiento de Dios⁴⁷. Un conocimiento que es la razón de que

43. *Ibidem*, p. 98.

44. *Ibidem*.

45. *Ibidem*, p. 97.

46. *Libro Carýsimi*, op. cit., fol. 104vb.

47. Hasta que no ha concluido su formación, Gabriel no alcanza a comprender el significado de su labor ni de los prodigios que observa, tal es el caso del comportamiento de los cisnes que encuentra en una de sus salidas, que lejos de rehuir la compañía del hombre, la buscan: “E el hermitaño _como que lo non mostrava al moço_ maravillávase mucho de aquellos cisnes que assí venían a ellos tan seguros; e demás que nunca en ningún tiempo tales aves viera en aquel lugar ni en aquella tierra. E pensara entre sí qué podría ser aquello de aquellos cisnes; mas nunca en ello pudo caer. Empero después lo sopo, e él lo mostró al conde Eustacio, su padre” (*La Gran Conquista*, ed. cit., p. 102)

no se sorprenda cuando le sea revelado, a través de un ángel, el origen del muchacho que permanece a su cargo, el peligro en que se halla su madre y la forma de salvarla, porque la estancia en el desierto a lo largo de esos años ha transformado a aquel hombre de santa vida, que se hacía cruces ante el hallazgo de los infantes, en un auténtico ermitaño, y, como señala el tratado eremítico al que anteriormente hicimos referencia, “el verdadero hermitaño es verdadero conocedor”⁴⁸ además de “verdadero obediente”⁴⁹, motivo este último, de que no se demore en cumplir la orden recibida durante la visión: “E sobre esto avisó mucho el ángel al hermitaño que no tardasse de embiar a aquel moço”⁵⁰, pues éste será el brazo armado por Dios que defienda la honra de su madre contra el retador de la Condesa y Gabriel, haciendo honor al significado de su nombre (‘Dios se ha mostrado fuerte’⁵¹), el arma que descubrirá su traición.

Por consiguiente, con la visión angélica se pone en marcha el último acto de la *Historia del Caballero del Cisne*, ya que, como se nos dice en el texto, esta aparición tiene su origen en que “nuestro Señor quiso guardar el fecho e lo que en ella avía començado e llevarlo adelante”⁵². Una guarda que comienza con el acogimiento de los siete infantes por parte del solitario y que concluye con la salvación de Isomberta, su madre, porque ella es la estirpe de donde emana el linaje destinado a conquistar Jerusalén.

Por tanto, toda la labor desempeñada por Gabriel es fundamental a la hora de permitir el feliz desenlace de los acontecimientos, pues sin su intervención, primero como protector y después como emisario, el futuro Caballero del Cisne jamás habría conocido su origen ni habría podido ser llamado “Amigo de Dios”. Un título que recibe de labios de un ángel durante una aparición en la que se le declara directamente “que Dios era con él”⁵³, confirmándole todo lo que ya le

48. *Libro Carysimi*, op. cit., fol. 105ra.

49. *Ibidem*, fol. 105vb.

50. *La Gran Conquista*, ed. cit., p. 108.

51. ANSENJO, S. de, *Diccionario de la Biblia*, ed. castellana sobre el *Bibel-Lexikon* del Dr. Herbert Haag, Barcelona, Herder, 1891, p. 93.

No es casualidad que el ermitaño se llame Gabriel, pues aquí el nombre cumple la misión de realzar la función que este personaje desempeña en la obra, primero al poner de relieve su condición de religioso (Gabriel > ‘hombre de Dios’) y, segundo, al destacar su labor como instrumento de Dios (‘Dios se ha mostrado fuerte’) que dismantelará las intrigas de Ginesa y adoctrinará al conde Eustacio sobre la manera de proceder para recuperar a sus siete hijos. Una tarea, esta última, que sólo será capaz de llevar a cabo cuando haya adquirido una identidad propia y eso sólo ocurre en el momento de producirse la visión angélica. Aparición a partir de la cual el narrador ya no se referirá únicamente a este personaje como el “hermitaño” sino también como “el hermitaño Gabriel”.

52. *La Gran Conquista*, ed. cit., p. 108.

53. *Ibidem*, p. 109.

había revelado el ermitaño: “Amigo de Dios, no temas. Sepas que Dios es contigo e te ha prometido gracia que seas defensor de las biudas e por las huérfanas, e por las que fueran acusadas a tuerto o deseredadas de lo suyo sin derecho”⁵⁴. Un honor y un título que heredará su descendencia (no olvidemos que el primer acto de caballerías de Godofredo será la defensa de una doncella injustamente desposeída de sus tierras por su tío)⁵⁵ y que serán la razón última del éxito de la Cruzada, puesto que la derrota en Niquea de la expedición capitaneada por Pedro, punto donde se detiene el relato para insertar la *Historia del Caballero del Cisne*, se encuentra en que aquellos peregrinos “yvan en servicio de Dios, no seyendo sus amigos”⁵⁶, mientras que la segunda hueste triunfará porque sus caudillos, según le revelaron los astros a la reina Halabra la noche de san Juan Bautista – otra vez un ermitaño–, venían del “linage de un caballero que por maravillosa aventura truxo un cisne en un batel”⁵⁷, y ese caballero es Pompleo, el mayor de los hijos del conde Eustacio y de la infanta Isomberta, aquel que quedara providencialmente en la ermita permitiendo que Gabriel velara por él hasta que llegase el momento en que fuese digno de ser llamado “Amigo de Dios”.

Así pues, la intervención de Gabriel posibilita la existencia del linaje destinado a concluir lo que Dios había emprendido en Pedro: la liberación de Jerusalén y por extensión el perdón a los cristianos. Dos poderosas razones que justifican el origen mítico de la Cruzada.

M^a Carmen PASTOR CUEVAS

54. *Ibidem*.

55. Episodio que se relata a lo largo de los capítulos CLV y CLIX de *La Gran Conquista de Ultramar* (ed. cit., pp. 306-315).

56. *Ibidem*, p. 81.

57. *Ibidem*, p. 326.